

# Julio Barrenechea, Humorista

Por RODOLFO GARCES GUZMAN

Hay seres de ficción que tienen tanta realidad, que terminan por trasponer las páginas de la novela para tomar lugar en la vida misma.

Ahí está aquél de "Niebla", que se atreve a pedir a Unamuno que no lo mate todavía. ¡Y qué decir de "El socio", de Genaro Prieto, cuya personalidad llega a suplantar, precisamente, al héroe de la trama, que lo ha creado para su propia conveniencia!.

Pedro Nardal asoma su nariz fisgona en la dedicatoria del libro: "Como personaje central de esta obra, la ofrendo a Anne, esposa de mi compadre Julio Barrenechea, para que tenga el gusto de conocerme".

La verdad es que a poco andar, uno sólo lo conoce, sino que empieza a reconocerlo. Sin ser el duplicado absoluto de otro, aún en su indudable originalidad, hace pensar que tiene homónimos.

Julio Barrenechea lo hizo al aguafuerte: "El compadre mucho gusto" (Nascimento), es la personificación de un arquetipo curioso. La simpleza de su filosofía, la frialdad de sus decisiones, lo convierten en un Tartufo criollo.

El poeta tiró los caireles de la rima, desechó las imágenes aladas. Dejó que el escritor vital, severo, antítesis de ismos y rebuscamientos, plasmará un truhán, que aún a través del tiempo, conserva parentesco con los de la picaresca.

Sin embargo, la novela resume el más genuino costumbrismo. Sin mantas ni espuelas, ajeno a cuecas y glorias, buscando extramuros vecinos a la pobreza, pintó el más auténtico hombre urbano con manías de Boscón.

Nardal mezcla en sus actos la sabiduría

con la diablura, la falta de escrúpulos con la cordialidad, saltimbanqui de la más dramática caricatura.

Por eso, más que reír, uno sonríe. Y sucede tan a menudo, que se termina, paradójicamente, riendo de buenas ganas. Las ocurrencias y trasmutaciones, los silvestres comparsas, que son el coro del increíble ser, traducen la gracia e ironía del autor.

Para algunos, estilo y fondo serán auténtica revelación. La dimensión de Barrenechea es distinta. Fue descubierto a los doce años por su profesor de castellano, don Samuel A. Lillo. A los dieciocho lo consagró una crítica de Hernán Díaz Arrieta. Y era joven dirigente estudiantil, cuando su libro "El mitin de las mariposas", le costó una injusta relegación.

Diplomático en tierra de bardos, Colombia, el poeta-Embajador afrontaría, más tarde, el primer caso de derecho de asilo que causó conmoción en nuestra América contemporánea.

Su obra se hizo libros en Quito, Bogotá, Madrid, Santiago. Mucho antes de ser coronado Premio Nacional de Literatura, sus "versos amigos de la memoria" —como los llamó Alone— tenían cuantía internacional.

Barrenechea dice ser "escritor sin escritorio". Y es inútil buscar la clásica mesa de trabajo en su hogar pleno de reminiscencias de la India Eterna. Vale preguntarse: ¿Para qué necesitaría un mueble así un artista que recoge sus impresiones al borde mismo de la existencia?

En cambio es valedero celebrar su incursión certera en género tan ingrato y en país donde es muy variable el sentido del humor.